

más campo para sus anhelos de poder y dominio político : Riva Palacio, Romero Rubio, Fernández, Tovar, Balandrano, Arredondo eran de éstos.

☛ A la petición extraña había precedido una pequeña conspiración; se había sondado á varios gobernadores, se había hecho el recuento de los elementos con que se podía contar en el Interior... Total, un estupendo fracaso; no sólo porque algunos de los más importantes gobernadores de quienes se esperaba ayuda (como Arteaga en Querétaro, Ogazón y Vallarta en Jalisco) rechazaron enérgicamente aquella especie de pronunciamiento parlamentario; no sólo porque á los cincuenta y uno respondieron cincuenta y dos diputados con otra solicitud excitando al Sr. Juárez á no abandonar la presidencia, petición que ostentaba algunas firmas de futuros prohombres del partido, como Porfirio Díaz, Ignacio Mariscal, Robles Gil, Dublán (y por cierto, abundaban en la contra-petición los hombres de acción y los personalmente dispuestos á sacrificarse por sus ideas y por su jefe), no sólo por todo esto, sino, lo repetimos, por la especie de indiferencia pública con que fué acogida esta intentona que parecía que iba á encender al rojo blanco los ánimos. Aquello que parecía tamaño acto político, resultó una intriga.

☛ Era un síntoma; la escisión de la Cámara en dos porciones casi iguales presagiaba una dificultad extrema para la marcha del Ejecutivo, que necesitaba estar revestido de esa especie de dictadura parcial y temporal que la Constitución permite. De aquí á una guerra civil había un paso; la fracción del partido reformista rebelde al Gobierno llamaría en su ayuda á la facción militar reaccionaria que no podía ser vencida totalmente, porque esto habría equivalido á la curación total de llagas sociales que parecían definitivamente incurables, en el orden económico sobre todo; la guerra civil había sido la gran anarquía, queremos decir la gran histeria que nos había sumergido en convulsiones precursoras de la muerte nacional.

☛ Los peticionarios no podían tener otro fin que provocar la división del partido reformista y substituir como bandera de la futura lucha una cuestión de personas á un programa de ideas, que era lo que había impreso en el sello de imborrable grandeza á la guerra de tres años : estas discordias que tienen por enseña una personalidad son las más enconadas y las más deprimentes para un pueblo. Linares, Ortiz Careaga y Ortiz de Montellano, que se declararon los corifeos de la cruzada antijuarista, parecían indicar algo así como que representaban los derechos de los Estados de la frontera septentrional y de los del Centro, «los verdaderos autores de la revolución reformista», contra los Estados del Sur y del Este, contra los oajaqueños sobre todo, que pagaban las preferencias naturales del Sr. Juárez, aunque estas preferencias eran puramente particulares, porque, desde EL GOLPE DE ESTADO hasta la fecha de la estupenda petición, sólo un oajaqueño había pertenecido al Gabinete, el licenciado Manuel Ruiz. En público se afirmaba, como ya hemos apuntado, que detrás de los cincuenta y uno estaban escalonados González Ortega, Doblado, Vidaurri y Comonfort; el primero era un exaltado, el último un moderado; entre estos dos colores se distribuían todos los matices de los enemigos políticos de Juárez (no hablamos de los religio-

sos); constitufan una suerte de grupo girondino, pero no con un programa de doctrinas sino de aversión personal.

☛ El país estaba en la anarquía; los Estados, á punto de romper el vínculo federal, en realidad flojísimo ya; necesitábase en el Centro una mano de gran prestigio y de gran energía que rehiciese la coherencia que faltaba al cuerpo nacional; un Gobierno así no podía ser regentado por Juárez, hombre de todas las virtudes cívicas, pero de todas las impotencias políticas. En la circular con que acompañaron su petición, decían é imputaban algo más al Presidente; el desastre financiero, el desastre militar, el desastre exterior, todo era obra suya, según los pronunciados del Congreso. El desastre financiero, relativo como era, porque consistía en no poder realizarse los valores cuantiosos que quedaban, era obra preparada por tres años de guerra civil, porque unos y otros habían vendido de los bienes eclesiásticos todo lo fácilmente realizable dando diez por uno, bajo el tremendo apremio de las contingencias de la lucha; el desastre militar era engendrado por la penuria que obligaba á escasear pan y pólvora al soldado; el desastre exterior era engendrado por los otros dos : del militar había venido la anarquía espontánea y la inseguridad para todos y el pavor de los extranjeros, que pedían garantías de que nadie podía gozar, y el imperio de los bandoleros en inmensas porciones del territorio (los bandoleros, ó reaccionarios ó reformistas, eran ahorcados, es verdad, y despiadadamente, es cierto; pero esto no era parte á arredrar á los bandidos más ó menos PLATEADOS, al contrario, era un incentivo, daba sal y pimienta á la aventura, eran quince ó veinte mil asesinos que habían entablado un duelo frenético con la horca); el desastre económico había engendrado la insolvencia, las leyes vejatorias, la suspensión de pagos. ¿De cuál de estos antecedentes era autor Juárez; de cuál de estos desastres era antecedente Juárez?

☛ No; todo había sido obra de una serie fatal de causas casi siempre inconjuras, que no habían podido neutralizarse nunca. Todos ó casi todos los próceres liberales habían luchado con estas dificultades, habían estado en el terreno en que habrían podido ser vencidas, si no hubiesen sido invencibles; á estas mismas fatalidades obedecían los «cincuenta y uno» pidiendo á un paliativo la curación de un mal de raíz, sin hacer más que complicarlo con un sistema de escisión y de guerra. El remedio era otro, inesperado, trágico, era LA INTERVENCIÓN.

☛ Como una montaña que fuese la lápida de una tumba, cayeron los últimos meses del sesenta y uno sobre la vida política de Méjico; había entrado en todos los ánimos la certidumbre de una guerra extranjera, mejor dicho, de una guerra con España, que no podrían impedir los Estados Unidos, en donde la federación parecía próxima á sucumbir por la buena suerte de los confederados del Sur, y que verían con indiferencia flemática Inglaterra y Francia; la Francia imperial, con gusto. En la Habana, el capitán general Serrano hacía formales preparati-

vos para una expedición, y aunque la guerra era popular en Méjico, el Gobierno sabía bien que era una terrible complicación más y que nuestros puertos, por lo menos, caerían en poder del enemigo; y el Gobierno sin aduanas era la premisa infalible de la anarquía interior llevada al último extremo.

¶ La sociedad, miedosa, recelosa, tímida ante la guerra y los nuevos impuestos vejatorios en perspectiva, se encerraba, la católica, en el fondo de las iglesias en donde solapadamente el clérigo hablaba de las próximas venganzas y silabeaba sordamente el anatema contra Juárez y los Puros ó, retraída de toda diversión, de todo deseo de exhibirse y vivir la vida social, sólo paraba mientes en dos cosas: en los sollozos de las monjas que, aunque tratadas por el Gobierno con infinita solicitud, esperaban el momento de la excomunión, y en los rumores de intervención y monarquía que llegaban de Europa en cartitas confidenciales de los emigrados. Éste era el grupo católico-reactor; porque había otro, ajeno en absoluto á todo pensamiento político, que se contentaba con la iglesia abierta, el empleo pagado, el maíz barato, los alquileres bajos aunque fuese en los conventos, que parecían, con sus paredones derruidos y sus brechas abiertas, fortalezas de una ciudad entrada á saco y que se habían convertido en inenarrables CASAS DE VECINDAD. Para este grupo católico anodino, lo mismo era que fuese presidente Juárez que Zuloaga: ¡ALLÁ ELLOS!; lo que quería, como se quiere un lejansimo y casi irrealizable ideal, era la paz. Lo mismo aplaudió y con la misma sinceridad á Miramón vencedor en Aqualulco y San Joaquín, que á González Ortega en Silao y Calpulalpam y á Tapia vencedor de Pachuca, en esos meses del sesenta y uno que vamos narrando; esta batalla, por cierto, pulverizó de veras á la reacción; dispersado en guerrillas, el ejército de Márquez buscó el abrigo de las Sierras, de donde no volvió á salir sino al amparo del ejército francés. Con razón en Méjico recibieron en triunfo á las huestes de Tapia y Porfirio Díaz; un triunfo que fué, para la burguesía sin principios, un gran consuelo, porque vislumbró el fin de la guerra civil. No fué así; vino la guerra extranjera, y un poco de entusiasmo penetró en esa clase y la caldeó; luego asistió á la recepción de Forey y Márquez en sesenta y tres, sin aplausos, pero impasible. Esperaba también de los nuevos vencedores paz y pesos.

¶ La fracción reformista sobrenadaba; era inexperta, bulliciosa, gritona, masadora de clérigos, con la fruición con que el rey de los infiernos del Dante masca á Judas; en el fondo, resuelta á sacudir hasta en sus cimientos al mundo añejo, á arrancar el árbol de la tradición, á hacerlo arder como leña vieja; en el fondo, dispuesta al sacrificio por las ideas, capaz de morir como Leandro Valle, de pelear como Porfirio Díaz, de hablar como Altamirano, de pensar como Ramírez, de cantar como Prieto, de triunfar como Zaragoza, de escribir como Zarco, de entusiasmar como González Ortega, de creer como Juárez. Esta brillante flora del océano popular trataba de solidificarse, de formar masa con el pueblo cuyos derechos proclamaba y cuyo porvenir creaba, trataba de convertirse en un grupo nacional transformando el credo de la Reforma, como se decía en todas las tribunas de aquellos años tumultuosos, en la religión política de la Patria; tarde se hubiera logrado, quizás nunca, sin la crisis formidable determinada

por la Intervención; ella, removiéndolo todo, hizo del sentimiento reformista y el nacional una cosa sola. La escuela es la destinada á dar á los mejicanos conciencia plena de esta unión definitiva.

¶ Pero aun esta misma parte de la sociedad beneficiada en la nueva situación política, sentíase asfixiada por la incertidumbre de lo futuro, por la ambigüedad mortal en que se desenvolvían estos acontecimientos. Nuestro ministro de Relaciones, desplegando una señalada actividad y un talento flexible y fino, razonador más bien que combinador, llegó á madurar un plan diplomático que consistía en deshacer la coalición que se dibujaba bien contra nosotros y que la suspensión de pagos no había hecho más que cristalizar, creando una situación privilegiada para engendrar celos y desbaratar concordias facticias que no tenían más cebo que el interés en su infima acepción. ¿Quién estaba en condiciones más favorables para dar acceso á insinuaciones que pudieran tener un éxito conforme con los deseos del Gobierno de Juárez? Inglaterra seguramente, Inglaterra era la única. No hablamos sino en el sentido en que podía colocarse el Gobierno mejicano de aquel tiempo, con los informes vagos que podía proporcionarse, con los datos truncos y adulterados de que podía disponer. Ahora se ve claro en todo esto; entonces ni los mismos provocadores de los sucesos que formaron el preliminar de la Intervención sabían penetrar en los móviles y en los fines de aquella conspiración inicua.

¶ La actitud del Conde de Saligny, que desempeñaba á maravilla su papel de agente provocador, quitaba á nuestro ministro Zamacona todo conato de tratar aquí con Francia la cuestión relativa al pago de nuestra deuda, pretexto ó motivo de la coalición en ciernes. Nuestro Gobierno podía probar que el plenipotenciario francés no sólo había dado abrigo á algunos reaccionarios de nota en la casa de la legación (entre ellos al infortunado general Robles Pezuela), sino que había cubierto con su inmunidad las comunicaciones constantes entre sus asilados y los cabecillas que batallaban bajo las enseñas de Zuloaga; podía probar que, tratando de privar al Gobierno de los recursos que de la ley de suspensión de pagos podía sacar para pacificar al país, había sembrado el temor y la desconfianza entre los comerciantes que se aprestaban á negociar sobre los derechos cobrables en los puertos, asegurándoles que éstos serían inmediatamente ocupados por los coaligados y les sería imposible recuperar sus anticipos; lo que motivó, por cierto, el gravísimo impuesto del 1 por 100 sobre capitales mayores de dos mil pesos, que levantó tamaña grito; podía probar que cuando el Gobierno dispuso, en uno de sus momentáneos y formidables apuros, de los fondos en el Montepío de Méjico depositados para el pago de la convención firmada en Veracruz con el almirante Penaud antes del triunfo de la Reforma, convención cuyo monto aun no se había precisado, el Sr. de Saligny, que había formulado incontinenti sus re-

clamaciones, aseguró públicamente que el Gobierno no había devuelto esos fondos, constándole perfectamente que su aserción era una falsedad impudente; y podía asegurar, por último, que toda la ira del Conde provenía del ningún éxito de su tentativa respecto del negocio Jecker. El Ministro mejicano, en notas de una admirable lucidez, puntualizaba todo esto á nuestro flamante representante en París y Londres, el Sr. de la Fuente. Bien se sospechaba aquí que hubiese un poderoso interés de baja ralea en cuanto al negocio Jecker se refería, pero se suponía que fuese un interés de políticos venales de segunda marca, sobre todo el interés de Saligny mismo; pero no se podía suponer con fundamento alguno que el propio hermano del Emperador, y probablemente con el conocimiento de éste mismo, todo debilidad y condescendencia con el hijo bastardo de Hortensia, que M. de Morny, en suma, estuviese directamente interesado en el asunto y que, perdida la esperanza de arrancar á Juárez la oficialización de la deuda contraída por Miramón con el nefasto banquero suizo, pondría la mano en la masa de los proyectos fraguados por quienes se decían PROSCRITOS MEJICANOS (Almonte, Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Labastida y otros de menor trapío) y que su codicia le sirviera de levadura. Por lo que ahora conocemos de los orígenes de aquellos sucesos de imponderable gravedad histórica, podemos inferir que el duque de Morny nunca hubiera podido impedir la intrusión de Francia en la transformación del régimen político de Méjico, porque ésta era una idea de DERRIÈRE LA TÊTE de Napoleón III, y en estas ideas era de una obstinación sorda y suave pero infinita el Emperador francés; mas, en cambio, entrado en esa idea, nadie como el duque para ayudar á realizarla, para precipitarla, para convertirla en escuadra, en ejército, en trono, es decir, en sangre, en cadalsos, en ignominia y muerte, que en estos elementos puede descomponerse la obra del insigne rapaz que se asoció con Jecker. Lo único que habría podido contener á Napoleón hubiera sido la supremacía definitiva de los Estados presididos por Lincoln sobre los del Sur ó la inconformidad resuelta de Inglaterra. Por desgracia nuestra, los esclavistas triunfaban y los ingleses calculaban fríamente sus conveniencias pecuniarias, y de este cálculo, erróneo por la base (la impotencia de los norte-americanos para rehacer la Unión), iba á nacer la CONVENCION TRIPARTITA.

Ⓒ Holgaba, pues, que nuestro Gobierno encomendase á la inteligencia tranquila y á la impresión de probidad ingenua y sin tacha que causaban la presencia y las palabras de D. Juan Antonio de la Fuente en cuantos conversaban ó debatían con él, la demostración de la mala voluntad é inquina con que procedía aquí M. de Saligny; aunque M. de Thouvenel no conocía hasta dónde llegaba el designio del soberano á quien servía como ministro de Negocios extranjeros, sí estaba bien al cabo de sus propósitos inmediatos, y por consiguiente, convencido de antemano de que los razonamientos de nuestro plenipotenciario eran falsos, apenas disientiría con él y acabaría por cerrarle las puertas temeroso de encontrarse de manos á boca con argumentos irrefutables; sólo pasando por encima del Gobierno de Juárez, podía ejecutarse EL GRAN DESIGNIO imperial. ¿Qué tenían que ver con esto ni la razón ni la justicia? A los funcionarios imperiales, y acaso á la mayoría del pueblo francés de entonces, los designios de Napoleón III pare-

cían MIRAS DE LA PROVIDENCIA. Luego, para desbaratar la alianza según el procedimiento maquiavélico, supremo recurso de los pueblos débiles, no había que dirigirse á Francia.

Ⓒ ¿Á España? Todo en el transcurso de esta historia demuestra que UNE ENTENTE con España era punto menos que imposible; así lo había demostrado la reprobación de los arreglos hechos por D. Miguel de los Santos Álvarez con nuestro Gobierno sobre la en mala hora convenionada deuda española, buzón abierto en que habían caído para legitimarse las más impudentes reclamaciones. Éramos demasiado débiles para que transigiera con nosotros; cuando la guerra civil estaba desencadenada en Méjico, la serie de demandas arrogantes que se habían lanzado como guantes al rostro de nuestros Gobiernos, llegó á término en el tratado Mon-Almonte. Este tratado estaba hecho entre un superior y un inferior, entre un casi-señor y un casi-vasallo; era algo así como un tratado que celebrasen hoy Francia y el Rey de Túnez, Inglaterra y Egipto, Japón y Corea, los Estados Unidos y Puerto Rico; descendíamos al rango de nación subalterna, volvíamos á ser la NUEVA ESPAÑA. Declarábamos que aunque no nos creíamos responsables de crímenes comunes cometidos por bandoleros contra españoles y castigados ya con la muerte, nos declarábamos responsables de ellos y nos obligábamos á seguir persiguiendo á otros culpables, es decir, nos obligábamos Á CUMPLIR CON NUESTRO DEBER POR MEDIO DE UN TRATADO, cediendo á las exigencias de un superior (sólo así se explica esta cláusula deprimente) y consintiendo en indemnizar á los súbditos de S. M. Católica de los daños y perjuicios ocasionados por los asesinatos de San Vicente y Chiconcuaque. Para hacer más resaltante la humillación implicada en este tratado sin ejemplo en el Derecho internacional, el Gobierno español consentía en no humillarnos otra vez, para que España y su pupila marchasen unidas y afianzadas en los lazos de una amistad duradera. Bien sabía el Gobierno de Juárez que no consistía en esta promesa de platonismo internacional la sanción de este convenio indigno; sino en la alianza de España y el Gobierno reaccionario; sino en el envío de una embajada para legitimar solemnemente, como un acto de soberanía sobre las antiguas colonias, el poder de Miramón; sino en el premio de reclutar una escuadrilla para apoderarse de Veracruz; sino en los aprestos para enviar una escuadra que pusiese su rúbrica de sangre sobre todos estos atentados contra nuestra independencia y nuestros derechos. De esto provino, ya lo dijimos, el tratado Mac Lane-Ocampo preñado de peligrosísimas promesas, pero que fué la salvación del Gobierno reformista del ataque solapado pero certero de España.

Ⓒ Desde la guerra triunfal en Marruecos en que España, si no había mostrado que poseyese conspicuos estrategistas y formidables tácticos, sí probó, como siempre, que sus soldados eran admirables de arrojo y bizarría y que todos eran soldados hasta los generales, una gran ola bélica había subido á la cabeza de la nación y, atacada un poco del delirio de grandeza y elocuentemente megalóma-